EL OCIO Y LA EXISTENCIA HUMANA

POR

JOSEF PIEPER (*)

El que hable hoy del «ocio» habrá de colocarse inmediatamente a la defensiva. Tendrá que defenderse contra una fuerza adversa que, a primera vista, parecerá ser la que domine. Pero esta impresión no se simplifica por el hecho de que esta fuerza contraria no sea «otra persona», puesto que en realidad se trata exclusivamente de un debate interior. Y lo peor es que si nos preguntan de pronto qué defendemos, no sabremos contestar con precisión. Si analizamos, por ejemplo, la frase de Aristóteles: «Trabajamos para tener ocio», habremos de reconocer paladinamente que ignoramos lo que significa esta frase, al parecer, absurda.

Tal es, a mi entender, la situación.

Por lo tanto, la primera pregunta que se nos ocurre es: ¿Qué se entiende por ocio? ¿Qué representa este concepto en la gran tradición? Antes de buscar una respuesta, considero conveniente que hablemos de esa fuerza adversa, es decir, de eso que suele llamarse la «supervaloración del trabajo». Esta denominación es, hasta cierto punto, provisional, ya que la palabra «trabajo» puede tener tres significaciones, por lo menos. Trabajo puede equivaler a «actividad en general»; puede significar, también, afán, esfuerzo y molestia. Y finalmente, quiere la costumbre que se considere el trabajo como una actividad útil y, sobre todo, una actividad de utilidad social. ¿A cuál de estos tres conceptos nos referimos, al hablar de la «supervaloración del trabajo»? Yo no me atrevería a decir que nos referimos a los tres. Existe igualmente la «supervaloración» del esfuerzo, del afán y de la dificultad, y lo que no es menos importante, una supervaloración de la función social. Este es exactamente el monstruo de tres caras con el que tiene que habérselas el que se proponga defender el ocio.

Supervaloración de la actividad en general.

Esto significa, en mi opinión, la incapacidad de realizar las cosas fácilmente; la incapacidad de soportar ciertas situaciones y de sobrellevar las contrariedades. Es la «actividad incondicionada» que, como ha dicho Goethe, es la última que se declara en quiebra. La formulación más extremada que se ha dado hasta ahora a esta herejía se encuentra en esta frase de Hitler: «Toda actividad tiene sentido, in-

---

(*) Con la expresión de nuestro agradecimiento a la Revista *Humboldt*.

cluso el crimen; en cambio, la pasividad carece de él.» Se trata, naturalmente, de una formulación insensata y, además, absolutamente absurda. Pero hay otras formas más «suaves» de esta locura, que constituyen una característica general del mundo actual.

Supervaloración del esfuerzo y de la dificultad.

Aunque parezca extraño, no es un hecho inusitado. Podría decirse, incluso, que el promedio del comportamiento ético del hombre moderno «decente» se basa en gran parte en esta supervaloración de la dificultad; lo bueno, por su misma naturaleza, es difícil. Lo que no cuesta esfuerzo alguno carece de valor moral. Schiller ha expresado esta tesis en un gracioso verso dirigido contra Kant: «Sirvo de buena gana a los amigos; pero, desgraciadamente, lo hago con afecto. Por ello me atormenta a menudo la idea de no ser virtuoso.» Los «antiguos» —me refiero a los grandes griegos Platón y Aristóteles, así como a los maestros del cristianismo occidental—, los «antiguos» no consideraban que lo bueno, a pesar de su naturaleza, fuese siempre difícil, por saber que las formas superiores de la realización de lo bueno no exigen nunca esfuerzo, ya que lo propio de su naturaleza es nacer del amor. Y así puede decirse también que las formas superiores del conocimiento (por ejemplo, la fulminante inspiración genial, la contemplación pura) no son un «trabajo espiritual», sino más bien un «regalo» que no requiere esfuerzo, porque así lo exige su naturaleza. La palabra «regalo» es quizá la clave que va a darnos la explicación. Bastará reflexionar sobre la extraña preferencia por lo difícil que se refleja en el rostro del hombre de nuestra época y que es el rasgo característico que revela su predisposición al dolor (yo creo que es más característico que la tan reprobada «ansia de placeres»); bastará, pues, reflexionar sobre esto, para encontrarse de pronto ante la pregunta: «¿Es éste acaso el sentido profundo de la negativa a recibir nada regalado, sea de quien sea?»

Supervaloración de la función social.

No hacen falta muchas palabras para demostrar que éste es el rasgo dominante de la sociedad contemporánea. En todo caso, no es necesario para ello pensar solamente en los «planes quinquenales» totalitarios; lo peor de los cuales no es el planeamiento, sino su pretensión de ser la pauta para el conjunto de la vida; y no sólo para la producción industrial, sino también para la organización del tiempo libre de cada individuo. En el mundo no totalitario también puede ser muy eficaz la dictadura del utilitarismo puro. Al llegar a este punto, convendrá recordar la distinción que se hacía antiguamente entre las

«artes liberales» y las «artes serviles». Esta diferenciación revela la existencia de actividades humanas que tienen un valor intrínseco, y otras que sirven una finalidad extrínseca, es decir, que son exclusivamente utilitarias. A primera vista, esta idea parece anticuada y pedante; pero, en realidad, se trata de un fenómeno de gran actualidad política. La pregunta: «¿Hay actividades libres?», traducida a la jerga del trabajo totalitario, significa: ¿Existe algún trabajo humano que, por su naturaleza, haga innecesaria la imposición de un plan quinquenal? A lo cual los antiguos han contestado con una afirmación categórica. La respuesta del mundo totalitario es también intransigente, pero negativa. El hombre es un elemento absolutamente funcional. Una actividad «libre» que no sea de utilidad social es indeseable y, por lo tanto, debe «liquidarse».

Ahora bien, cuando se aparta la mirada de estos tres aspectos de la supervaloración del trabajo, para fijarla en el concepto «ocio», se ve en seguida claramente que en este mundo del trabajo no hay lugar para él. No sólo se le considera absurdo, sino moralmente sospechoso. Y, en realidad, existe aquí una incompatibilidad absoluta. La idea del ocio es diametralmente opuesta a la idea totalitaria del «trabajador», bajo cualquiera de los tres aspectos que hemos citado.

Contra el absolutismo de la actividad.

El ocio es precisamente «ausencia de actividad»; es una forma de silencio. El ocio es precisamente la clase de silencio que hace suponer que se está escuchando algo; sólo el que permanece callado puede escuchar. El ocio es el comportamiento del que se sumerge totalmente en la verdad; es una manera de tener el alma abierta, a la que corresponden exclusivamente las grandes y felices ideas que no pueden adquirirse con ningún «trabajo espiritual».

Contra la supervaloración del esfuerzo.

El ocio es la actitud de la celebración solemne. Y la celebración solemne significa lo contrario del esfuerzo. El que, por principio, desconfía de la facilidad es al mismo tiempo incapaz de saborear el ocio y de celebrar una fiesta. Sin embargo, para celebrar una fiesta hace falta otra cosa, de la que hablaremos en seguida.

Contra la supervaloración de la función social.

El ocio significa que se ha salido de la función social. Pero no se debe confundir el ocio con la interrupción del trabajo. La interrupción del trabajo, lo mismo si dura una hora que tres semanas, supone el reposo del trabajador para volver al trabajo; y se establece en beneficio del trabajo. Pero el ocio es algo completamente distinto. El ocio

no significa que el individuo funcione sin alteraciones, sino que en medio de su función social sigue siendo hombre, es decir, que conserva la aptitud para tender la mirada más allá del medio donde se realiza la función, de contemplar con atención solemne el universo en su totalidad y de realizarse a sí mismo como un ser colocado en la totalidad de este universo mediante un acto libre, es decir, que tiene valor en sí mismo, porque no está «comprometido».

La verdadera cultura sólo puede medrar en la tierra del ocio siempre que se entienda por «cultura» todo aquello que va más allá de la necesidad absoluta de vivir, pero que es indispensable para que una existencia humana sea completa. Y ahora surge la pregunta: «¿Qué puede hacerse para detener el avance destructor del mundo del trabajo totalitario? Si la cultura vive del ocio, ¿de qué vive entonces el ocio? ¿Cómo puede colocarse al hombre en condiciones de «crear el ocio» (como decían los griegos)? ¿Qué puede hacerse para impedir que se convierta exclusivamente en un «trabajador» que se entrega totalmente a su función?»

Confieso mi incapacidad para contestar a esta pregunta con una idea concreta y practicable. La verdadera dificultad es de tal magnitud que no puede salvarse con una sola resolución, aunque esté inspirada en la mejor intención. Pero sí es posible demostrar en qué consiste. Los médicos nos dicen hace años que el ocio es muy importante para la salud, y es indudable que tienen razón. Pero no se puede «crear el ocio» para conservar la salud o para recobrarla y ni siquiera para «salvar la cultura». Hay cosas que sólo se hacen cuando se consideran provechosas en sí mismas. Pero es imposible hacerlas «para que...» suceda otra cosa (por ejemplo, es imposible no amar a una persona «para que...» y «a fin de que...»). Ciertas jerarquías no pueden volverse atrás, y el intentarlo, además de inoportuno, es sencillamente imposible.

Y volviendo a nuestra pregunta, podemos afirmar que si el ocio no se experimenta como algo que tiene valor en sí mismo, será imposible realizarlo. Y ahora es cuando se puede hablar de la celebración de la fiesta. En la fiesta se reúnen los tres elementos que constituyen el concepto del ocio: primero, ausencia de actividad y descanso; segundo, ausencia de esfuerzo y facilidad, y tercero, el hecho de haber salido de la función del trabajo utilitario. Todos sabemos cuán problemático es para el hombre de esta época celebrar una fiesta. Ahora bien, esta dificultad equivale a la incapacidad de abandonarse al ocio. El motivo de que fracase una fiesta es el mismo que hace imposible saborear el ocio.

Al llegar a este punto, surge inevitablemente una idea que, como

he podido comprobar muchas veces, parece muy antipática a la mayoría de los hombres. Y se la puede expresar de esta manera: Celebrar una fiesta es expresar de una manera excepcional la aprobación del mundo en su totalidad. El que no considere «buena» y «justificada» la verdad en su esencia, no podrá celebrar ninguna fiesta, como tampoco podrá «crear el ocio». Es decir, que el ocio está supeditado a la condición previa de que el hombre esté de acuerdo con el mundo y con su propio ser. Y ahora viene lo que es tan absurdo como inevitable: la forma suprema de esta concordancia con el mundo en su totalidad es alabar a Dios, glorificar al creador, practicar un culto. Y con esto se ha nombrado también la última razón del ocio.

Será preciso aceptar la idea de que la humanidad ha de hacer esfuerzos enormes para sustraerse a las consecuencias de este criterio; por ejemplo, establecer días festivos inéditos, o sea evitar la última y verdadera concordancia con el mundo, pero con un despliegue inmenso de propaganda realizado por el poder político, si bien dándoles la apariencia de fiestas auténticas. En realidad, la «organización del tiempo libre» para esas pseudofiestas no es sino otra forma de trabajo agotador.

Sería un error creer que esta tesis sobre el carácter esencialmente de culto que es inherente a todas las fiestas y sobre el origen ritual del ocio y de la cultura es específicamente cristiana. Quizá sea más bien lo que suele llamarse la «secularización»; no tanto la «descristianización», como la pérdida de algunas ideas fundamentales propias para mantener la tradición de la sabiduría natural de la humanidad. Pero me parece que a este grupo de ideas corresponde también la tesis del ocio y del culto. Fué Platón, el gran griego precristiano, el que la formuló, siendo muy viejo, en una grandiosa imagen mítica. Platón pregunta si no hay ningún momento de respiro para el género humano, evidentemente nacido para el trabajo y para el ocio. Y contesta que, en efecto, hay un respiro: «Los dioses, compadecidos de los humanos, nacidos para afanarse, les han dado para reposar los días festivos que se repiten periódicamente, a fin de que celebren sus cultos, teniendo como compañeras de recreo a las musas, con sus adalides Apolo y Dionisio, y que, mediante el trato solemne con los dioses, observen una noble actitud y anden por el camino recto.» Y el otro gran griego, Aristóteles, más «crítico» que su maestro Platón y, como se sabe, menos inclinado a hablar en imágenes míticas, ha formulado con su serenidad habitual el mismo criterio. Y en la «Ética a Nicomaco», donde figura la frase que hemos citado al principio: «Trabajamos para tener ocio», dice que el hombre no podrá vivir la vida del ocio, mientras no resida en él algo divino.

POEMAS DE SABINE SICAUD

Nació Sabine Sicaud el 22 de febrero de 1913, en la «Soledad», finca de su familia a orillas del Lot.

Protegida por el cariño de sus padres y los altos muros de la «isla», como llama ella a su morada, crece en contacto estrecho con el mundo animal y vegetal que la rodea.

Su educación es exclusivamente doméstica, como decían antes: los profesores vienen a casa a enseñarle las letras, el dibujo, la música.

Pero los verdaderos descubrimientos los hace ella sola, en los libros y la naturaleza. Los poemas de su niñez (poemas anteriores al 26) cuentan, sobre todo, sus sorpresas y embelesos frente a esos compañeros silenciosos con quien vive. Entre ella y el hongo, entre ella y la castaña, la hoja de plátano, la mariposa, el lagarto, se produce como un reconocimiento mutuo que exalta su pensamiento poético.

Su inspiración no la reduce largo tiempo a los límites estrechos de «La Soledad». Su intuición, despertada por algunas imágenes y perfumes de flores raras, la lleva por caminos lejanos y nostálgicos: como nosotros todos, la niña poeta ha oído la llamada de lo desconocido, de esa libertad engañadora de los viajes:

«caminos de libertad que suponemos libres...»

Sin embargo, pronto comprende que es en su isla, en ella misma, donde ha de encontrarse; y siempre vuelven esas evasiones a su punto de partida: libertad:

«en mí transcurre tu vida, serena y sedentaria,
mientras que los caminos dan la vuelta a la tierra...»

En tres años apenas, el genio de Sabine se desarrolla con una firmeza sorprendente. Su mirada, siempre hincada en la realidad, se eleva al mismo tiempo hacia perspectivas más amplias.

Cuando el mal misterioso y mortal se apodera de ella, una tarde de verano, ya es la niña capaz de medir el abismo en que va a ser precipitada. Mal verdaderamente misterioso que, lenta e irremisiblemente, invade su cuerpo, martirizándola.

En los cortos momentos que le otorga el sufrimiento, Sabine escribe esos poemas de los que dice el crítico Claude Mauriac: «Hay que leerlos, llorar y callar.»

Su lucidez frente a la muerte crece cada vez más tremenda. La niña sabe que ésta nos separa para siempre de todo lo que queremos, de todos los que nos quieren:

«Las cosas amadas lo serán por otros
o se acostumbrarán a no serlo más.
Continúa la vida.»

Muere el 12 de julio de 1928, sin que los médicos hayan podido atenuar su terrible dolor.

Poemas de Sabine Sicaud... Tanta alegría primero; luego, tanta madurez, tanta resignación, como si quisiera la naturaleza condensar en quince años de vida el ciclo completo y trágico de una existencia humana.—ALINE SCHULMAN.